

Domingo 5: La Posibilidad de la Liberación

Preguntas y Respuestas 12-15

Lectura: Salmo 49

Salterios:

Primero: 351:1-2

Segundo: 362:1-2

Tercero: 136:1-4

Cuarto: 111:4

Último: 362:3

Querida congregación,

Es difícil decir cuánto el poeta del Salmo 49 sufrió por causa de los impíos, aquellos que se burlaban de Dios y de Su pueblo y se jactaban de su propia fuerza y prosperidad. Leemos en el versículo 11: *“En su interior piensan que sus casas serán eternas, y sus habitaciones para generación y generación; llaman sus tierras con sus nombres.”* No había defensa humana para el salmista en esta batalla espiritual porque no era una batalla contra carne y sangre. Sin embargo, su defensa —su escudo y ayuda— estaba en el Señor, en Aquel que también le concedió ver cuál sería el fin de los impíos. No vivirían por siempre aquí en la tierra, y, a pesar de toda su riqueza y dinero, no podrían escapar de la muerte. Algún día el Señor los trataría conforme a Su justicia y los castigaría severamente. Aún si pudieran llevar todo su dinero y presentarlo ante Dios como un soborno y un rescate, no les ayudaría nada. *“Ninguno de ellos”,* leemos en el versículo 7, *“podrá en manera alguna redimir al hermano ni dar a Dios su rescate”* (Salmo 49:7). No hay camino, no hay rescate, no hay ninguna posibilidad de ser librados de la tumba. En resumen, no hay futuro para los impíos y orgullosos.

En el versículo 15 vemos un contraste notable. Allí, el poeta puede hablar con una confianza como la de un niño en el Señor: *“Pero Dios redimirá mi vida del poder del sepulcro, porque me tomará consigo”* (Salmo 49:15). ¡Qué bendición! No me desechará, sino que llegará el tiempo en que me recibirá en misericordia. Él me llevará a aquella tierra donde ningún morador dice: *“Estoy enfermo”*, porque a la gente que allí mora le será perdonada su iniquidad (Isaías 33:24). *“Pero Dios redimirá mi vida del poder del sepulcro”* (Salmo 49:15).

Así que, por un lado no hay posibilidad, mientras que, por otro lado, sí la hay. No hay una posibilidad de ser salvos por nosotros mismos. Jamás habrá una manera de merecer nuestra salvación. Sin embargo, hay una posibilidad del lado de Dios. Hay un rescate. Hay un camino por el cual podemos ser salvos. Hay una posibilidad de recibir la salvación por gracia, por la libre y

soberana misericordia de Dios, basada en el firme fundamento de la justicia y la rectitud: el rescate que el Señor Jesús dio por Su pueblo.

Vengan, prestemos atención a esta posibilidad de liberación proclamada en el Salmo 49 y declarada en nuestro Catecismo de Heidelberg. Que el Señor nos guíe mientras consideramos el Domingo 5 de nuestro Catecismo.

Pregunta 12: Si por el justo juicio de Dios merecemos penas temporales y eternas, ¿no hay ninguna posibilidad de librarnos de estas penas y reconciliarnos con Dios?

Respuesta: Dios quiere que se dé satisfacción a su justicia: por eso es necesario que la satisfagamos enteramente por nosotros mismos o por algún otro.

Pregunta 13: ¿Pero podemos satisfacerla por nosotros mismos?

Respuesta: De ninguna manera, antes acrecentamos cada día nuestra deuda.

Pregunta 14: ¿Podría hallarse alguien que siendo simple criatura pagase por nosotros?

Respuesta: No, primero porque Dios no quiere castigar en otra criatura la culpa de la cual el hombre es responsable. Segundo, porque una simple criatura es incapaz de soportar la ira eterna de Dios contra el pecado y librar a otros de ella.

Pregunta 15: Entonces, ¿qué Mediador y Redentor debemos buscar?

Respuesta: Uno que sea verdadero hombre y perfectamente justo, y que además sea más poderoso que todas las criaturas, es decir, que sea al mismo tiempo verdadero Dios.

En el Domingo 5 encontramos:

La Posibilidad de la Liberación

1. Debe ser conforme a la justicia de Dios
2. No puede ser por nuestra propia justicia
3. Será únicamente por la justicia de un Fiador

Déjenme repetirlo. El Domingo 5 habla acerca de *la posibilidad de la liberación*. La Pregunta 12 nos muestra que esta liberación tiene que ser conforme a la justicia de Dios. Luego, las Preguntas 13 y 14 nos muestran que no puede ser conforme a nuestra propia justicia. Finalmente, la Pregunta 15 nos muestra que solo puede ser por medio de la justicia de un fiador.

Primer pensamiento. Debe ser conforme a la justicia de Dios.

Necesitamos la justicia de un fiador. Esta justicia no puede ser una justicia humana; debe ser conforme a la justicia de Dios y debe cumplir Sus estándares. Tal justicia solo puede ser dada por un fiador que es verdadero Dios y verdadero hombre, perfecto y justo, y, a la vez, más poderoso que una mera criatura. Él debe ser Dios. Ese es el fiador que necesitamos. Debe ser un mediador y un libertador que sea capaz de ganar la salvación para nosotros e impartírnosla.

Congregación, al llegar al Domingo 5, se nos revela un misterio. Las palabras escritas encima de esta sección nos indican que aquí comienza la segunda parte del Catecismo de Heidelberg —la parte que trata de la liberación del hombre. En este Domingo encontramos una proclamación de la posibilidad de ser salvos y librados conforme a la justicia de Dios. No, no por nuestra propia justicia, sino por la justicia de un fiador.

Durante un par de semanas, el Catecismo ha estado tocando el tema de la miseria del hombre. Hemos escuchado algo de la *profundidad* de esa miseria. En Adán, no simplemente hemos caído enfermos, sino muertos. No estamos medio muertos, sino total y espiritualmente muertos; totalmente inclinados a todo mal. Hemos escuchado del *conocimiento* de esta miseria. Aprendemos a conocer esta miseria por la ley de Dios. Cuando el Espíritu de Dios abre nuestros ojos para que miremos en ese espejo, reconoceremos cuán profunda e irreparable es la brecha entre Dios y nuestra alma. También hemos escuchado cuál es el *origen* de nuestra miseria. No se origina hace unos pocos años atrás, ni siquiera en el tiempo en que fuimos concebidos o hemos nacido, sino que tiene su origen en el Huerto de Edén, donde el hombre se rebeló contra su Hacedor y se apartó de su Creador. Allí está el origen de nuestra miseria. Ahora venimos a la segunda parte de nuestro Catecismo: De la Redención del Hombre. Ahora escucharemos acerca del camino de la salvación y acerca de la fe en Cristo.

Es llamativo que solamente tres Domingos toquen el tema de la miseria del hombre, mientras que muchos más se dedican a exponer la liberación del hombre, esa gloriosa liberación por Cristo. No menos de veintitrés Domingos exponen el tema de la liberación. ¿Por qué es así? ¿Será cierto, después de todo, lo que algunos afirman: que el conocimiento de nuestro pecado y miseria es un asunto menor y que no deberíamos preocuparnos tanto por el pecado, la miseria y el conocimiento de nosotros mismos? Tales pueden incluso hacer alusión al Catecismo para probar su punto. Ellos dicen: “Miren, solo tres Domingos se dedican a la parte de la miseria, mientras que la segunda parte es mucho más extensa. Esto nos muestra que no deberíamos prestar tanta atención a nuestro pecado y miseria”. ¿Tienen razón en lo que dicen?

No, congregación, no tienen razón. Permítanme darles un ejemplo. En los Países Bajos hay una provincia llamada Zelanda. En el año 1953, esa parte del país fue sumergida por el mar. Los diques se rompieron durante una terrible tormenta, y el agua inundó la tierra. ¿Saben cuánto tiempo tomó inundar esa provincia? Solo una noche. Durante esa terrible noche, muchas personas perdieron sus vidas, sus casas y, en algunos casos, a toda su familia. En solo una noche

la tierra se inundó, pero ¿cuánto tiempo tomó para que la tierra volviera a estar seca y fértil de nuevo? ¡Más de una noche, más de un día, sí, incluso más que solo unos pocos meses! ¿Cuánto tiempo tomó para que las comunidades que fueron totalmente devastadas se reconstruyeran? ¡Tomó años, muchos años!

¿Entienden el significado del ejemplo? Cuando un terrible desastre tuvo lugar en el Paraíso —un desastre mucho peor que el de Zelanda— bastó un solo pecado para sumergir a toda la humanidad en la profundidad de la miseria. Ese único pecado de Adán trajo tan terribles consecuencias sobre todos nosotros; inundó nuestro mundo por completo. Y, ¿cuánto tiempo se necesita ahora para restaurar al hombre? ¿Cuánto tiempo necesita Dios (lo digo con reverencia, porque para Dios nada es imposible)? Humanamente hablando, se necesita mucho más tiempo para que Dios levante ese pecador profundamente caído y lo restaure a Su favor. Dios había prometido mandar la liberación, pero pasaron siglos antes de que el Libertador apareciera, y ahora el pueblo de Dios aún está esperando la plena liberación del cuerpo y alma, del cielo y la tierra. Ah, el hombre por naturaleza ni siquiera *desea* ser librado y restaurado a su felicidad original. La última vez, vimos cómo el hombre intenta escapar en todas las direcciones de Dios para no tener que inclinarse, levantar la bandera blanca y decir: “Oh Dios, me rindo; ¡acepto mi culpa!” En el Domingo 4, hemos visto tres intentos de escapar; sin embargo, todas fueron inútiles; todos fueron en vano.

Ahora, cuando llegamos al Domingo 5, encontramos al mismo hombre inclinándose ante Dios. Por fin, ha perdido la batalla y se da por vencido. Ya no huye, sino que se rinde. Acepta que Dios tiene la razón y reconoce que es un pecador digno del infierno, digno del castigo de Dios, tanto temporal como eternamente.

Oh, ¡qué bendición es finalmente rendirse de esta manera! No digan: “Eso es solo un asunto de tres Domingos en el Catecismo”, porque esto demostraría que ustedes no conocen por experiencia lo que es perder la batalla —no perder *algo*, sino *todo*. Sin embargo, es tan bendito, congregación, aquel lugar donde uno puede perderlo todo y presentarse delante de Él de la manera expresada en el Domingo 5. En la Pregunta 12, el pecador ha llegado a una confesión. También planteará una pregunta, pero, en primer lugar, hay algo que confiesa. Comienza diciendo: “Si por el justo juicio de Dios...” ¿Lo escuchan? Ese pecador declara que Dios es justo. Ya no dice que el castigo es demasiado severo, sino que admite que es justo. “Por el justo juicio de Dios merecemos penas temporales y eternas”.

Congregación, aquí comienza la liberación: ¡aquí, en el Domingo 5, donde un pecador, por la gracia de Dios, puede inclinarse ante Él y rendirse! Aunque el camino a la salvación queda oculto para él y Cristo aún no ha sido revelado a su corazón, aquí es donde comienza la liberación. Aquí el pecador por fin es quebrantado en su orgullo y fuerza. Aquí se rinde. Este es el inicio de la liberación. ¿Ya han encontrado este lugar? ¿O no ha ocurrido aún? Oh, entonces su estado ante

Dios es profundamente triste y deplorable. Entonces usted sigue luchando contra Dios y está causándose daño a sí mismo. “¿Quién se endureció contra él y le fue bien?” (Job 9:4).

Si el Señor no nos humilla, continuamos como estamos, incluso en nuestra religión. Por eso es tan necesario llegar al lugar retratado en el Domingo 5. El Señor llevará a todos Sus hijos a ese lugar bendito. ¿Saben cuál es la maravilla aquí? Que este hombre está inclinándose ante Dios. No ve ninguna luz y ha perdido todos sus derechos, pero ahora comienza a preguntar: “¿No hay ninguna posibilidad de librarnos de estas penas y reconciliarnos con Dios?” Eso es una maravilla. Se inclina, ha perdido la batalla y tiene que declarar a Dios libre de su sangre; sin embargo, no puede soltar a Dios. Incapaz de alzar sus manos y ojos hacia Dios en el cielo, pregunta: “¿Señor, queda algún camino de escape todavía? ¿Hay algún medio, algún camino? Si no lo hay, Señor, entonces eres justo. Pero *si* hay un camino, por favor, ¡revélelo!” Esto es obra del Espíritu Santo. El corazón del pecador es atraído hacia Dios y le ruega una cosa. ¿Qué pide? ¿De qué tiene necesidad? ¿Cuál es su objetivo? Su intención no es escapar de Dios. No, él cae a los pies del Señor. Es llevado al lado de Dios. Su objetivo no es solamente deshacerse de las consecuencias del pecado, como se puede ver en las vidas de las personas que no tienen nada más que una fe temporal. Si ese es el caso con nosotros, entonces a veces podemos estar preocupados y tener temor; deseamos poder escapar del infierno e ir al cielo. Sin embargo, todo se centra en nuestro propio gozo. Deseamos deshacernos de las consecuencias del pecado y escapar del castigo del pecado, pero no va más profundo. Incluso puede haber algo de gozo y mucha emoción cuando se predica el evangelio, pero no tiene nada que ver con Dios. No hay un deseo ardiente, no hay un anhelo profundo e intenso por ser restaurados de nuevo al favor de Dios.

Si usted lee bien la pregunta de nuestro Catecismo, notará que no termina con las palabras “librarnos de estas penas”, sino que continúa con “y reconciliarnos con Dios”. Espero que haya personas aquí hoy que sepan lo que significa ser reconciliados. Su objetivo no es meramente escapar del castigo. No solo son motivados por temor y ansiedad. Ciertamente, encontrarse con Dios sin un Fiador será terrible. Pero no solo hay un temor *servil* en sus corazones; hay un temor *filial*. Hay también un anhelo intenso de ser reconciliados con Dios. En vez de vivir bajo Su ceño, anhelan ver la sonrisa de Su favor paternal.

Pensemos en un ejemplo, congregación. Un niño se ha portado mal y debe ser disciplinado. El niño siente arrepentimiento y suplica a su padre o madre por perdón. Ahora, supongan que su madre le dice: “Ya no te castigaré más. Te daré comida y bebida, pero aún estoy enojada, y no te puedo perdonar”. ¿Quedará satisfecho este niño? ¡De ninguna manera! Este niño mirará a los ojos de su madre y solo se sentirá seguro cuando vea que esos ojos vuelven a lucir amorosos. Entonces él sabrá: “Otra vez he sido recibido en su favor”. ¿Entienden, entonces, un poco de lo que el mendigo del Domingo 5 expresa? El deseo de un pecador preocupado no es solamente escapar del castigo, sino tener a Dios como su porción de nuevo, ser recibido en Su favor y

reconciliado con Él. Jamás podrá estar contento hasta que haya encontrado a Aquel a quien no puede perder. Así que, aquí está su pregunta: “¿No hay ninguna posibilidad de librarnos de estas penas y reconciliarnos con Dios?”

¿Cuál es la respuesta? ¿Qué dice el instructor? “Dios quiere que se dé satisfacción a su justicia: por eso es necesario que la satisfagamos enteramente por nosotros mismos o por algún otro.” Es una respuesta bastante fuerte, ¿verdad? Dios exige satisfacción y pago. Esto es lo que dice nuestro catecismo: “Dios quiere que se dé satisfacción a su justicia”. ¿Es esta la manera correcta de tratar con las almas? ¿No es cruel responder así? Cuando alguien se encuentra preocupado por sus pecados y ha aprendido a inclinarse ante Dios, ¿no deberíamos estar felices y animarle de alguna manera? Sin embargo, el instructor dice: “Dios quiere que se dé satisfacción a su justicia”. ¿Es eso amor?

Sí, eso es amor —amor por el honor de Dios y por la salvación del pecador. Oh no, nuestro instructor no busca llevar a un pecador preocupado a la desesperación. Esa no es su intención. Sin embargo, sabe muy bien que hay muchas falsas esperanzas y que la iglesia preocupada a menudo tiende a buscar descanso fuera de Cristo. Esta es la razón por la que no logran un avance decisivo en sus vidas espirituales. Primero deben tocar fondo. Deben ser llevados a la humildad.

Por esa razón, cuando nuestro instructor comienza a contestar esta pregunta, no menciona el Nombre de Jesús inmediatamente. Primeramente, quiere poner un fundamento firme para la casa de la liberación. Busca edificar esa casa sobre las columnas de la justicia y la rectitud. Lo que el Catecismo intenta hacer aquí es, en primer lugar, mostrar el camino a la salvación y, en segundo lugar, exponer cuál es su fundamento. El camino a la salvación no es un camino de justicia propia. El fundamento de la salvación es una justicia que proviene de Dios.

Alguno dirá: “Eso puede ser cierto, pero Jesús es el Salvador”. ¡Esperen! Una persona humillada ante Dios no sabe esto. No sabe nada acerca de Jesús. Sí sabe que ha ofendido a Dios en Su santa justicia y lleva consigo un dolor por esto en su alma. Se somete al justo juicio de Dios y de corazón aprueba Su justicia, pero no sabe nada acerca de Jesús. “Dios quiere que se dé satisfacción a su justicia”. Por eso, debemos hacer una satisfacción plena. Se debe efectuar el pago.

Congregación, todos somos deudores ante Dios. Le debemos mucho, y el Señor registra todo en Su libro. La satisfacción debe ser hecha. El pago debe ser efectuado. ¿Se ha perdido toda esperanza ahora? ¿Está cerrada la puerta? No, no está cerrada. Es verdad que el pago debe ser efectuado, pero el Catecismo explica que esto puede ser hecho *por otro*. O por nosotros, o por otro. Todavía hay una posibilidad; hay una pequeña puerta abierta. En el Domingo 5, una puerta de esperanza se abre para un pobre y necesitado pecador.

Segundo pensamiento. La liberación no puede ser por nuestra propia justicia.

Escuchen la siguiente pregunta: “¿Pero podemos satisfacerla por nosotros mismos?” Escuchen esa palabra en particular: “¿Pero podemos satisfacerla por *nosotros* mismos?” El instructor ha dicho: “O debe ser por nosotros, o por otro”. Ahora, ¿cuál es nuestra respuesta? No queremos depender de otros. No nos gusta manifestar nuestra pobreza, así que deseamos pagar nosotros mismos. Hay orgullo en esa pregunta: “¿Pero podemos satisfacerla por nosotros mismos?” Oh, siempre tenemos una actitud dispuesta a negociar, incluso en la religión. Siempre deseamos merecer algo y atribuirnos el mérito a nosotros mismos.

Cuando un hombre natural empieza a ser un poco religioso y comienza a servir a Dios, lo hará a su manera. Piensen en el fariseo en el templo. Piensen, también, en los paganos en ciertas regiones de África y Sudamérica. Un pagano intenta mover a su dios: le presenta una ofrenda para recibir algo a cambio. Sin embargo, deberíamos pensar también en nosotros mismos. ¿No intentamos mover a Dios con nuestras oraciones y asistencia a la iglesia? Intentamos escalar solos porque no deseamos depender de la gracia: la gracia soberana y salvífica. Incluso los hijos de Dios luchan contra esa enfermedad a pesar de que han aprendido que su propia justicia es como trazo de inmundicia.

Aquí encontramos a un pecador que ha sido humillado ante Dios. Que ha aceptado su justo castigo. Pero, aun así, desea pagar él mismo. Dado que sus ojos están cerrados para ver a Cristo, a Su obra, a Su sacrificio y a ese único camino de salvación, él intenta obrar su propia salvación. Por eso dice: “¿Habrá alguna manera de pagar yo mismo?” Eso es típico del hombre, incluso cuando sus pies han sido puestos en el camino a la vida. Él quiere mover a Dios con sus lágrimas y oraciones. ¿No es verdad? Lo puede responder por usted mismo dentro de sí. Si podemos llorar y si nuestro corazón es tierno, nos da algo de esperanza de que Dios aún nos mirará en Su misericordia. Sin embargo, cuando nuestro corazón se endurece de nuevo y al parecer no tenemos más sentimientos, cuando todo se cierra y el pecado retoma su dominio, perdemos toda esperanza. Confiamos en nuestros sentimientos y oraciones. Secretamente utilizamos nuestras emociones y experiencias como una especie de pago por nuestros pecados. Ciertamente, es una bendición no tener un corazón endurecido, pero es una bendición más grande cuando el Señor nos quita todo fundamento basado en nuestros sentimientos, nuestras lágrimas, nuestras oraciones, sí, en toda nuestra conversión, y cuando no nos queda nada con qué pagar, nada en absoluto.

Este es lo que responde el Catecismo: “De ninguna manera” podemos pagar por nosotros mismos, “antes acrecentamos cada día nuestra deuda”. ¡Cada día! Es doloroso, pero es la verdad. Si pudiera tomar la firme determinación de que desde hoy ya no pecara más hasta el fin de su vida, quedaría aún la culpa de su pasado. En el Día del Juicio se abrirán los libros, y ¿quién podrá pagar por todos esos pecados?

Por supuesto, todos ustedes entienden que no podemos vivir sin pecar ni un día. Caemos y tropezamos una y otra vez; acrecentamos cada vez más nuestra deuda. Así que, no podemos pagar por nosotros mismos. “¡De ninguna manera!”

¿Qué, entonces, debemos hacer? Espero que esta también sea su pregunta: “¿Qué, entonces, debemos hacer?” “¿Podría hallarse alguien que, siendo simple criatura, pagase por nosotros?” Esa es la siguiente pregunta en nuestro Catecismo. Lentamente, pero de manera constante, nos estamos moviendo en la dirección correcta. El pecador ha sido humillado de nuevo. Entendiendo ahora que no puede dar el pago por sí mismo, comienza a buscar ayuda en otros. ¿Podría hallarse alguien que, siendo simple criatura, tal vez un ser humano aquí en la tierra, o quizá un animal, o un ángel del cielo, pueda efectuar el pago por nosotros? Es como si escucháramos el llanto de Miqueas 6:6-7 de un pueblo quebrantado de corazón: “*¿Con qué me presentaré ante Jehová y adoraré al Dios Altísimo? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se agrada Jehová de millares de carneros o de diez mil arroyos de aceite?*” No, se da cuenta de que será insuficiente. Por esa razón, prosigue: “*¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mi vientre por el pecado de mi alma?*”

Esta es la pregunta: “¿Puede una criatura pagar por nosotros; algo o alguien diferente?” Los católicos romanos tienen a sus santos, y nosotros también podríamos tener nuestros propios santos. Podría ser un hijo de Dios en quien confiamos o un siervo de Dios en quien nos apoyamos. Sin embargo, ellos no nos pueden ayudar. Es imposible. Ninguna simple criatura podrá jamás pagar por nosotros.

Eso es lo que dice la respuesta: “No, primero porque Dios no quiere castigar en otra criatura la culpa de la cual el hombre es responsable. Segundo, porque una simple criatura es incapaz de soportar la ira eterna de Dios contra el pecado y librar a otros de ella.” ¿Entendemos esto? Dios no lo quiere, y es totalmente imposible. Supongan por un momento que Dios permitiera que otro, un hombre o una mujer, muriera por nosotros; eso sería imposible porque la carga de la ira de Dios es tan pesada que tal persona sucumbiría inmediatamente. Jamás lo lograría. ¡Es imposible! Además, Dios no acepta el pago de otras criaturas. *El hombre* ha pecado, y, por lo tanto, *el hombre* debe llevar el castigo. Ningún ángel puede ayudar porque el hombre ha pecado en alma y cuerpo, y, aunque los ángeles tienen alma, no tienen cuerpo. Así que, un ángel no puede ayudar. En el caso de un animal, es lo opuesto: un animal cuenta con cuerpo, pero no con alma. Así que, un animal no puede ayudarnos tampoco. Aunque los animales sí sufren a causa del pecado del hombre, un animal no puede pagar por los pecados de los seres humanos. El servicio del templo del Antiguo Testamento es una clara evidencia de eso. Todos los animales sacrificados en Jerusalén no traían la liberación. “*Porque es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados*” (Hebreos 10:4). Ninguna criatura puede hacer esto en absoluto. En resumen, congregación, el pago debe hacerse; se debe dar la satisfacción debida, pero no hay manera por parte del hombre, ni tampoco ayuda de ninguna criatura.

Esta es la verdad humillante enseñada por el cielo a todo aquel que es alcanzado por Dios y cuyo pecado y corrupción le son descubiertos; a todo aquel que es llevado a ver que la culpa de su vida es tan inmensa que se eleva hasta el cielo. ¡Qué bendición es poder aprender esto! Cuánta angustia causa, pero también, que anhelo se enciende entonces por alguien mayor que el hombre. Por este camino se hace espacio para un Fiador, para Aquel que dijo: “¡He aquí que vengo!” Deseamos considerar esto en el último pensamiento, pero, cantemos primero del Salterio 111:4.

* * * * *

Tercer pensamiento. Será únicamente por la justicia de un Fiador.

Niños, ¿qué es un fiador? ¿Me pueden dar un ejemplo del Antiguo Testamento de alguien que se convirtió en fiador por su hermano? De alguien que dijo: “Yo pagaré. Padre, yo me haré responsable si mi hermano no vuelve de Egipto. Así que puedes demandarlo de mi mano. Yo pagaré; me pondré como garante por él. Yo seré el fiador”. ¿Quién fue? Fue Judá. Así que, un fiador es alguien que paga la deuda de otro. Si hemos de ser librados de nuestro pecado y culpa, solo será si poseemos una justicia mayor que la de los escribas y fariseos. Esto es lo que nuestro Catecismo quiere grabar en nuestros corazones hoy.

El estudiante del Domingo 5 se encuentra atrapado, congregación, completamente atrapado. No hay ninguna criatura tanto en el cielo como en la tierra, que pueda pagar. Sin embargo, se deben realizar el pago y la satisfacción. No le queda ningún medio o camino. Está completamente atascado, sin salida. Por eso le escuchamos planteando esta última pregunta en el Domingo 5: “Entonces, ¿qué Mediador y Redentor debemos buscar?” ¿Ven que su búsqueda se convierte en algo más personal? Primeramente, estaba buscando un camino o un medio, algo impersonal. Ahora él comienza a preguntar por un mediador, por una persona. Se convierte en algo más personal. Necesita a alguien, “Alguien” con A mayúscula. Necesita un Médico divino, Uno que no solo es glorioso en Sus obras y beneficios, sino también poderoso y misericordioso en Su Persona.

Así, paso a paso, el Señor hace espacio para Cristo. El pecador que se sentía sin Dios en los Domingos 2, 3 y 4 se convierte en un pecador que se siente sin Cristo en el Domingo 5. ¿Ven la diferencia? Ahora se ha hecho espacio en su corazón para un Mediador, para un Libertador, para Alguien que todavía le es desconocido, pero que se ha vuelto necesario e indispensable para él. Su corazón ahora es atraído hacia un Mediador. “¿Qué Mediador y Redentor debemos buscar?”

Se da una respuesta a esta pregunta urgente. Es una respuesta preciosa, pero a la vez tan incomprensible. Dice que deberíamos buscar “uno que sea verdadero hombre y perfectamente

justo, y que además sea más poderoso que todas las criaturas, es decir, que sea al mismo tiempo verdadero Dios.” En esta respuesta, algunos rayos de luz comienzan a resplandecer. Aunque no se menciona el Nombre de Jesús aquí todavía, Sus naturalezas son retratadas. El instructor nos cuenta lo que debe ser este gran Libertador. Debe ser verdadero hombre y perfectamente justo, pero, a la vez, debe ser más poderoso que una mera criatura. Debe ser Dios mismo. Estos son los requisitos para el Libertador, para el Mediador que puede levantar a una criatura profundamente caída y restaurarla a Dios.

Congregación, cuando ustedes escuchan estas condiciones y notan estos requisitos de Cristo, ¿qué dicen? Ustedes dirán: “¡Eso es imposible! ¿Dónde podemos hallar a un hombre que sea perfectamente justo y no tenga ningún pecado? ¿Dónde en el mundo entero podrá hallarse a alguien así? Además, ¿quién es Dios y hombre a la vez? ¿Quién es tan poderoso y a la vez tan condescendiente? ¡Es imposible! En ninguna parte del mundo se encontrará a tal criatura.” Bueno, esto es precisamente de lo que nuestro Catecismo quiere convencernos. El instructor quiere tenernos en este lugar porque allí nosotros diremos: “mi caso es un caso perdido; ya no hay esperanza. Si ha de venir liberación para mí, debe venir de lo alto.” ¡Cuán cierto es eso! La liberación solo puede venir de una manera maravillosa, un milagro de parte de Dios. Hay una posibilidad de salvación, pero no por nuestra propia fuerza ni por nuestra propia justicia. Es solamente por la justicia de un Fiador.

Congregación, la historia de Rut y Booz ayudará entender mejor todo esto. Booz era un hombre poderoso y rico. Era un hombre de renombre en Belén. Sin embargo, su poder no asustó a Rut. ¿Qué le dijo Noemí? “Es nuestro pariente cercano”. En otras palabras, estamos relacionados con él. Él es carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre. Oh, pobre pecador que está presente hoy aquí, ¿lo escucha? Tal Hombre es Jesús también: un Hombre de renombre, un poderoso y rico Hombre; sin embargo, nuestro Pariente cercano. Él es más poderoso que cualquier otra criatura, pero aun así es verdadero hombre, un Hombre perfecto y justo. Este misericordioso Libertador le puede salvar perpetuamente porque Él cuenta con algo con qué pagar, algo con lo que puede satisfacer a Dios. Oh, Él se dio a Sí mismo por amor eterno. Entregó Su propia vida en la cruz como un rescate por el pecado.

Así, en el Domingo 5, algunos rayos de luz comienzan a resplandecer. Es como si el Sol de justicia se volviera visible en el horizonte y comenzara a nacer con salvación en Sus alas. Se ven los primeros rayos de la liberación en esta respuesta. Por eso hemos dicho que el Domingo 5 se trata de la posibilidad de la liberación. También podríamos decir que es el amanecer de la salvación —el alba de la liberación— nada más y nada menos. Esto es lo que encontramos aquí. Ahora se ve algo de la gloria de Cristo. Aunque aún permanece oculto y no se menciona Su Nombre todavía, algo de esa luz con que Él comienza a alumbrar el corazón oscuro y pecaminoso comienza a aparecer. Es el amanecer de la salvación.

Una vez sucedió en Nigeria que algunos visitantes vinieron a ver la obra en los campos misioneros allí. Junto con algunos misioneros de la región de Izi, cruzaron el río hacia el otro campo misionero, ubicado en la región de Igede. Era temporada de lluvias; el río había crecido en altura y anchura; había hipopótamos y cocodrilos, y por eso no era fácil cruzarlo. No había puente, sino solamente una pequeña barca de remos. Cuando los misioneros y sus visitantes regresaron a Izi después de unos días, el río había desbordado sus orillas debido a las lluvias constantes. Dado que la barca se encontraba al otro lado y no se veía a nadie, ese pequeño grupo estaba desamparado. Esperaron durante horas, pero nadie apareció. Comenzaron a gritar a una sola voz, una y otra vez, tanto que sus gargantas quedaron tan roncas que apenas podían gritar. Hasta que por fin vieron a un hombre de Izi acercándose al otro lado del río, y, afortunadamente, el hombre los vio. Estuvo allí un momento, les hizo señas con la mano y luego desapareció. Oh, ¡cuán felices estaban! ¡Habían sido vistos! Estaban seguros de que el hombre se había ido para llamar a alguien para la barca. Por eso, su corazón saltó de alegría.

Apliquemos esto por un momento a la vida de la gracia. En el Domingo 5, vemos a un pecador parado ante la brecha, el abismo entre Dios y su alma. La brecha es irreparable debido a su propia culpa, su propio pecado, su caída en Adán. Dios no sería injusto si el pecador tuviera que permanecer allí por siempre. Él clama por ayuda, pero parece que no hay respuesta. Entonces, por fin, recibe un poco de esperanza, cuando la Palabra de Dios es abierta. Alguien se está acercando del otro lado. Aunque tal Persona está aún muy lejos y Su Nombre aún no es conocido, hay Alguien que viene en su ayuda. ¿No saltará su corazón de gozo? ¿Alguna vez han experimentado esto? Entonces hay esperanza, congregación. En medio de su miseria, hay también un rayo de esperanza. El corazón comienza a hacer eco de lo que hemos cantado en el Salterio 362:

*Espero en Dios, y en Su Palabra fiel
Esperaré,*

De pie allí en la orilla del río como una criatura perdida, usted ha visto a Alguien cuya aparición le trae esperanza. Causa que usted cante:

*Mi alma esperará hasta que Él
Me ilumine
Espero que Él la noche me aleje,
Más que al alba el vigilante.
(Salterio 362:2)*

¿Es usted entonces salvo? No, todavía. Aún necesita cruzar ese río. Aún no conoce a Aquel que es el Salvador. Es importante enfatizar esto. Hoy en día, la gente se “salva” muy fácilmente. Se

saltan todo el proceso y dicen: “Está bien conmigo porque yo he *escuchado* algo, yo he *visto* algo”. Un pecador contrito no lo dirá tan rápidamente. Aún está en el lado incorrecto del río.

¿Cuál fue el desenlace para esos misioneros en Nigeria y sus visitantes? Todavía tenían que esperar un largo tiempo. El hombre que habían visto en la otra orilla del río desapareció, y no lo vieron más. Poco a poco, el sol comenzó a ponerse. Se iba a hacer de noche, y ellos estaban allí, cabizbajos. Perdieron su esperanza y expectativa y, al final, comenzaron a creer que habían sido completamente olvidados.

¿Entienden usted la lección espiritual? Usted ha estado ante el río y ha visto a un Ayudante acercándose, si es que no se equivoca. En su imposibilidad, usted ha llegado a conocer la posibilidad de la liberación. Fue como el amanecer. Hubo un pequeño rayo de esperanza, un pequeño destello de luz, pero luego desapareció. Volvió a oscurecerse. Usted tenía grandes expectativas, pero su esperanza no fue cumplida. “¿Sucederá alguna vez? ¿Nacerá el Sol de justicia en mi vida?”

Nuestro Catecismo señala el camino. “¿Qué Mediador y Redentor debemos buscar?” La respuesta apunta a Aquel que es “verdadero hombre y perfectamente justo, y que además es más poderoso que todas las criaturas, es decir, que es al mismo tiempo verdadero Dios.”

¡Alma que espera, búsquelo a Él! ¡No tenga descanso hasta que su alma lo encuentre y pueda descansar en Él! Él vendrá en Su tiempo. Tenga ánimo. Él vendrá y no tardará.

*Espere Israel a Jehová y Él
Proveerá;
Hay redención y la bondad tan fiel,
En Jehová;
De sus pecados Él redimirá,
Su poder a Sus santos salvará.
(Salterio 362:3).*

Amén.

Salterio 362:3